

Hullin, á propósito del duque de Enghien: «Nos era necesario juzgar so pena de ser juzgados.»

Palm, preso en Nuremberg, fué entregado al Consejo de guerra que obedeció la consigna y le condenó á muerte, lo mismo que á otros tres liberos á quienes no se pudo echar mano. Juzgóse que era inútil darles un defensor, pero al redactar la sentencia se le encontró á faltar, y á la sentencia atroz

se unió la mentira, pues se consignó formalmente que se había cumplido tal formalidad. Palm marchó á la muerte con valentía y con una sencillez que inmutó á sus ejecutores. Muy pronto fué celebrado como un mártir en patrióticos cantos que resonaron por toda Alemania.

La muerte de este inocente causó entre los pueblos alemanes un estremecimiento de horror. Los



FEDERICO GENTZ

fusilamientos podían ser un medio eficaz en las provincias semi-salvajes de Nápoles, pero en el corazón de la Europa civilizada, y en medio de un pueblo que no estaba todavía acostumbrado á la servidumbre, el efecto producido, era más bien que el terror, la cólera y la indignación. Los gobiernos conceden poca importancia á la vida de un particular oscuro, sobre todo cuando se le mata en nombre de un pretendido interés del Estado; la corte de Berlín quedóse pues muy fría al saber la muerte de Palm; sin embargo, el suceso no dejó de tener su influencia en sus determinaciones, pues no podía ya evitar en

adelante el contra golpe de las emociones públicas, y Napoleon, lejos de hacerle la menor concesión para hacer más fácil la conciliación, se hacía de día en día más altanero y más absoluto en sus exigencias.

Alegando por pretexto las negativas de Rusia respecto del tratado concluído con de Oubril, no quería oír hablar siquiera de un principio de confederación del Norte, en tanto Prusia no desarmara; hasta fué mucho más allá de esta intimación, pues prescribió á su ministro en Sajonia que alentase al elector á declararse independiente: 12 de Setiembre.

Con tales pretensiones era imposible pensar en el restablecimiento de una inteligencia entre las dos potencias; y cuando Knobelsdorff, el sucesor de Luchessini, hubo hecho conocer por una nota del 1.º de Octubre las tres condiciones que formaban el ultimatum de Berlín, es decir la evacuación de Alemania por el ejército francés, la restitución de Wesel, y, en fin, la promesa de no poner obstáculo alguno á la formación de la confederación del Norte, ese programa reveló un tan inmenso abismo entre

el modo de pensar de los dos gobiernos, que la guerra se encontró de hecho declarada. Napoleon hacía ya ocho días que había salido para Maguncia.

Grandes faltas había cometido el gabinete de Berlín durante el curso de estas negociaciones, pero eran hijas de la debilidad, y no de una perversidad reflexiva. La primera de esas faltas era la de no haber declarado la guerra desde el día siguiente de la violación del territorio de Anspach, pues le habían dado veinte motivos legítimos para hacerlo, ora con



FRANCISCO II, EMPERADOR DE AUSTRIA

la traición de Ettenheim, ora con la ocupación del puerto de Cuxhaven, ora con la prisión de Rumbold, ora con la violación del territorio de Hesse Cassel que precedió solo de algunos días la de Anspach, en fin, por el conjunto de la política europea, de que tenía Prusia derecho á ocuparse. Habiendo dejado escapar la ocasión por falta de energía, la corte de Berlín cometió todavía una segunda falta, la de aceptar el Hannover bajo la presión del terror que le inspiraba Napoleon.

Pero Napoleon lejos de contentarse con esta peligrosa victoria, en vez de tranquilizar á los pueblos á quienes había tan cruelmente humillado, no se dió reposo en exasperarles hasta el delirio. Apenas hubo

cedido el Hannover á Prusia que ya lo ofrece á Inglaterra; ofrece al mismo tiempo al rey de Nápoles las ciudades anseáticas por cuya independencia ha de demostrar tanto celo al tratarse de su entrada en la confederación del Norte; despedaza á Alemania en provecho de Francia á los ojos mismos del consternado rey de Prusia presentándole con una mano compensaciones que retira con la otra; ocupa plazas fuertes al otro lado del Rin á pesar de sus reiteradas promesas, y hace fusilar á ciudadanos alemanes en países neutrales en las cuales se han establecido sus tropas contra todo derecho.

Y entre tanto ¿cuál es su conducta con sus aliados y con Europa?



Ha engañado á Inglaterra, prometiéndole no reclamar la Sicilia; ha engañado á España, ofreciendo sin su consentimiento las islas Baleares; ha engañado la Holanda, cediendo á negociantes ingleses sus colonias que ha jurado conservar; ha engañado á Austria, traficando con Ragusa, que era una de sus dependencias, desgarrando el tratado de Presburg que reconocía formalmente el Imperio de Alemania y la antigua confederación germánica, — artículo VIII;—ha engañado á Rusia, sorprendiendo á Oubril un tratado concluido bajo la promesa formal de que el emperador no publicaría la acta de la confederación del Rhin. Pero esas maquinaciones fueron tan mal llevadas que se descubrieron por sí mismas. El hombre que quiere engañar á todo el mundo ve á todo el mundo reunido en contra suyo; su impostura se ha desenmascarado á todos los ojos y algunos meses después de Austerlitz, se encuentra el continente de nuevo armado para atacar á Francia; sus soldados han de principiar de nuevo la tarea que ya creían cumplida.

Pero lejos de espantar á ese hombre tal perspectiva, se jactaba ya del triunfo y se regocijaba á su perspectiva: «Tengo en Alemania, escribe á José, cerca de 150.000 hombres y con ellos puedo someter á Viena, á Berlín y á San Petersburg.»

Por profundo, sincero y apasionado que fuera el movimiento nacional que acababa de arrastrar á Prusia á la guerra después de las sangrientas afrentas que había recibido de Napoleón, la situación militar de esta potencia, tanto como la terrible actividad de su enemigo, le imponía una prudencia extrema, por desgracia poco compatible con los generosos arranques del patriotismo.

Prusia, país de llanuras sin fin, abierto de todos lados á la invasión, mal distribuido, hecho de pedazos y retazos, no poseía ninguna de esas grandes barreras naturales á cuyo abrigo un pueblo puede atrincherarse como detrás de un último baluarte, y que le dan tiempo para organizar una insurrección nacional cuando sus ejércitos están destruidos. El Elba, el único río que le ofrece una especie de línea de defensa, no podía ser escogido como barreras mas que á condición de abandonar desde luego la mitad del reino. Para mayor desgracia el ejército francés estaba á sus puertas.

Napoleón ni siquiera tenía que franquear la distancia que en toda guerra entre dos países separa

de ordinario á los combatientes; tenía ya transportados á las mismas fronteras de Prusia, en Franconia, 150.000 hombres, de modo que este admirable levantamiento de la opinión que hubiese podido dar á Prusia 300.000 soldados más, no podía utilizarse por falta de tiempo. Hasta iba á ser para ella un embarazo y un peligro pues la llevaba á cometer imprudencias irreparables, y á tomar una actitud ofensiva poco conforme á la inferioridad de sus fuerzas.

Por una consecuencia no menos deplorable de la debilidad y de la indecisión del rey, se encontraba el efectivo del ejército en el momento de abrirse las hostilidades menos considerable de lo que lo era algunos meses antes. A consecuencia del tratado de 15 de Febrero, el rey de Prusia, para dar á Napoleón una prueba de sus intenciones pacíficas, había licenciado gran parte de su ejército, mas aún cuando se decidió á llamarlo de nuevo á sus banderas desde mediados de Agosto, después de largas tergiversaciones, no había conseguido aún reconstituirlo por completo. Según los cálculos más ciertos, no podía poner en línea contra Napoleón más allá de 120.000 hombres. Este ejército instruido, bravo, animado de los mejores sentimientos, tenía un defecto más grave aún que su inferioridad numérica, era el de no haber jamás hecho la guerra. Puede decirse que las tropas prusianas no habían combatido desde la guerra de los siete años, pues la corta campaña que habían hecho al principio de la revolución no había sido gran cosa más que un paseo militar. Ahora bien, la guerra no se aprende sino haciéndola; si esta máxima no es de una verdad absoluta por lo que toca á los grandes capitanes cuyo genio es innato y tiene más de la inspiración que de la experiencia, es rigurosamente verdadero por lo que toca á los soldados.

Habían dado á este ejército sin experiencia generales sin juventud y sin ardor. El duque de Brunswick tenía setenta y un años, el mariscal Moellendorff y el general Kalkrenbb setenta, el mismo Blücher que por su impetuosidad era un joven, como el príncipe de Hohenlohe, su contemporáneo, lo era por la presunción, tenía más de sesenta años. Esos viejos compañeros del gran Federico estaban tan desconfiados de sus soldados cuanto tan grande era la confianza de estos en ellos. Ilustres desde su juventud por gloriosos servicios, apasionadamente entusiastas de una patria que por decirlo así habían hecho con sus valientes manos, pero imbuídos de ideas estratégicas, las cuales, al dejar de modificarse según las circunstancias habían poco á poco pasado al estado de rutina, estaban cansados y rendidos

por la edad y por un largo ocio: no podían compartir las ilusiones de los que se agitaban á su alrededor, pero tampoco osaban dispararlas por el temor de debilitar la moral del soldado, de modo que el ejército prusiano ofrecía el extraño espectáculo de la más temeraria audacia mandado por la senectud.

A la cabeza de la juventud que había corrido á defender y á vengar el honor nacional, notábase sobre todo al príncipe Luís de Prusia, el amigo de la señora de Staël y sobrino del gran Federico, joven lleno de ardor y de espíritu caballeresco, adorado ya por sus nobles cualidades. Mas que nadie había contribuido á levantar el espíritu público y dió heroicamente su vida á la causa que había abrazado; á su lado el príncipe Enrique, y esta reina tan bella y conmovedora inmortalizada por Napoleón con sus cobardes ultrajes. A ejemplo de María Teresa, la reina Luísa había querido animar con sus exhortaciones el ardor y el valor de los soldados, pero su presencia en el cuartel general tenía sobre todo por objeto sostener la alma indecisa del rey de quien se tenía siempre alguna debilidad ó arrepentimiento. La corte casi entera la había seguido al campo, en el que se veían además publicistas como el barón de Gentz, y hasta á los desgraciados partidarios de la alianza con Francia curados un poco tarde de sus ilusiones, de Haugwitz y Lombard. Escritores inofensivos, profesores como Arndt, poetas como Kötzebue, llamaban la nación á las armas. El filósofo Fichte, el ardiente defensor de la Revolución francesa, ahora enemigo no menos resuelto del nuevo cesarismo en sus *discursos á la nación alemana*, había pedido como un favor que se le alistase en el ejército prusiano: pero hasta más tarde no se debía comprender la utilidad de tal concurso.

La presencia de esas damas, de esos cortesanos, de esos escritores, de esos hombres de Estado, decía de sobras al ejército que se identificaban con él, que se estaba dispuesto á compartir su suerte, que se veía en él la personificación de la misma patria.

Pero á pesar de la espontaneidad y de la extensión de este arranque patriótico, sea que no se conociera todavía toda la gravedad del peligro, sea que hubiese faltado el tiempo para generalizar y organizar el movimiento, de esta primera toma de armas dió principalmente el contingente las clases nobles y militares que desde mucho tiempo antes estaba preparada para ese papel, y que por lo tanto se encontraba, naturalmente, en primera línea. Solo hasta muy tarde no se sintió la necesidad de hacer entrar en él á la nación entera. De momento este pueblo valiente y decidido, que no pedía sino que

le dejaran compartir los peligros de sus defensores, estaba condenado á ser simple espectador del combate. Hé aquí explicada las desgracias de Prusia en 1806 y de la inaudita rapidez de los triunfos de las armas francesas.

La naturaleza de su territorio accesible y vulnerable en tantos puntos lo mismo que la inmensidad de los recursos de que disponía Napoleón, exigían desde entonces que esta potencia fuera más que ninguna otra una nación armada, y sobre los otros enemigos de Francia en el continente tenía esta grande superioridad, que era muy fácil que llegara á serlo. Pero solo del exceso de sus males y del corazón de un patriotismo desesperado había de brotar la inspiración que ha dado á Prusia su fuerte y grande originalidad entre las naciones modernas. De momento Prusia creía todavía que sus viejas instituciones militares eran una defensa suficiente bastante, y esta ilusión iba á pagarla cara.

Habíase dividido el ejército prusiano en dos cuerpos. El primero compuesto de cerca 70.000 hombres y mandados por el duque de Brunswick, se había dirigido de Magdeburg sobre Weimar y Erfurt; el segundo, bajo las órdenes del príncipe de Hohenlohe, había tomado por la Sajonia y después de haberse reunido con un cuerpo de 20.000 sajones, había retrocedido sobre el Saale hacia la entrada de los desfiladeros que conducen de Sajonia en Franconia. Esta posición, demasiado avanzada respecto de la debilidad numérica del ejército prusiano y de la posición que ocupaban los franceses en Franconia, se había adoptado principalmente con el objeto de arrastrar al elector de Hesse-Cassel, que disponía de 15 á 20.000 hombres, y que se esforzaba en mantener su neutralidad muy comprometida entre dos vecinos tan poderosos. Para llegar más pronto al cabo de esas vacilaciones de su príncipe, el duque de Brunswick había prolongado su derecha hasta Eisenach, al extremo del bosque de la Thuringia que cubría el frente de su ejército en una extensión de veinte leguas. Esta falta recordaba la que Mack había cometido como un aturdido el año anterior avanzando sobre Baviera.

Los generales prusianos, como los generales austriacos de ese tiempo, no tenían contra su adversario más que un solo camino que tomar, y era escoger buenas posiciones defensivas, y atrincherarse en ellas sucesivamente para dar tiempo al ejército ruso de que llegara en su socorro. Si no se quería entregar á Napoleón la Sajonia sin combate, se tenía una primera barrera que oponerle en el alto Saale; una segunda mucho más fuerte en el Elba; y